

INCORRECTA

• AFROS • FEMINISMOS • MIGRANTES • SEXUALIDADES •

Viernes 30 de octubre de 2015 · Nº 2

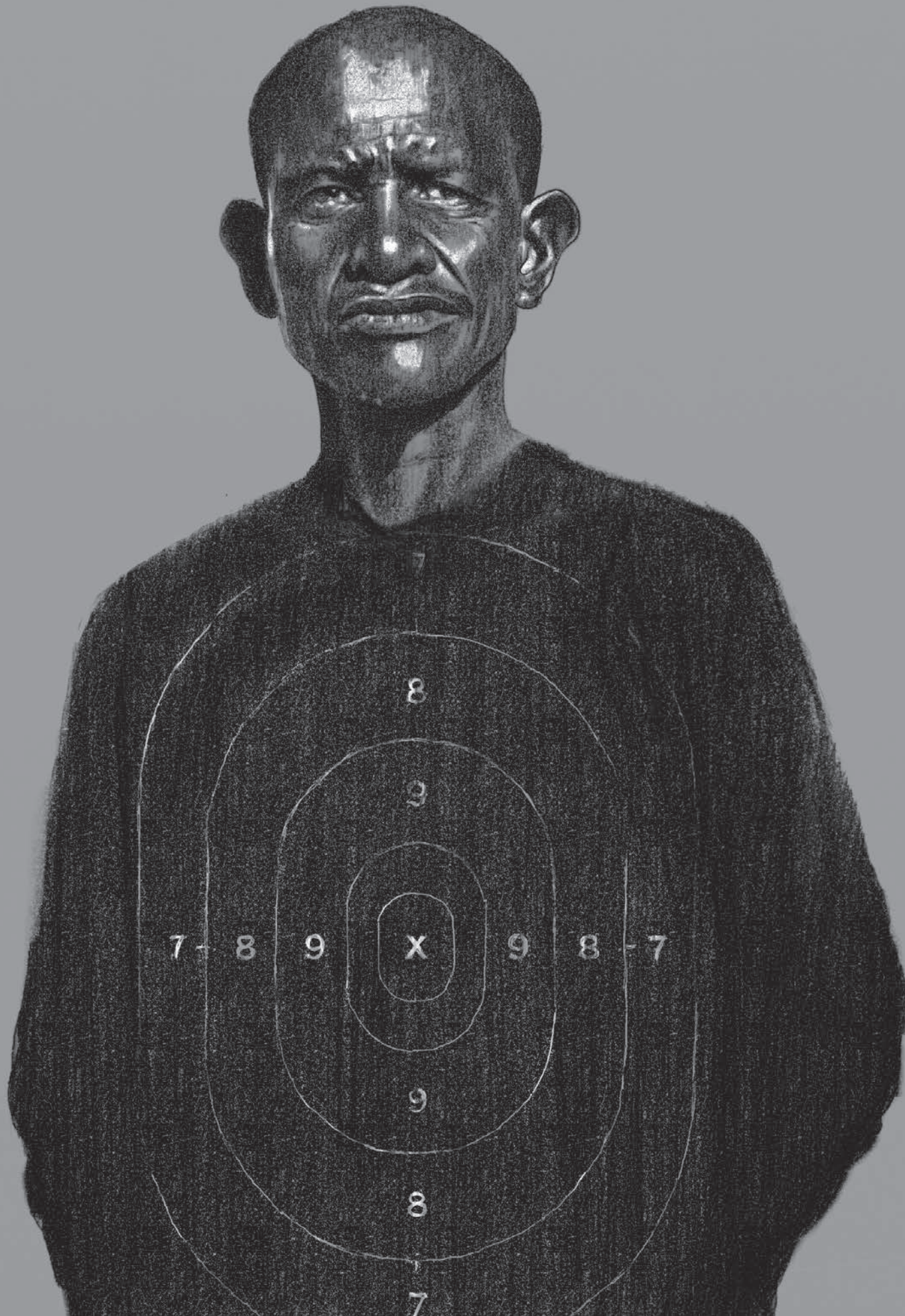


Ilustración: Federico Murro

Raza, racismo y políticas afirmativas

No es cosa de negros

No será para siempre

Estigmas y desigualdades

SOY MUJER, blanca y profesional. Aparentemente el racismo no me tendría que preocupar, pero me ocupa porque es la forma de violencia más naturalizada de la sociedad uruguaya. La ciencia moderna se ha abocado a enseñarnos, explicarnos y probarnos que las razas no existen. Las razas no existen pero el racismo sí.

Aníbal Quijano (2000) define la raza como “una marca”, “[un] fenómeno cognitivo o, [...] puramente ‘mental’, pero constituye una pista en dirección a quién se fue, y a quién, por lo tanto, se es”. Y también afirma: “La raza ha sido el más eficaz instrumento de dominación social inventado en los últimos 500 años [...], ya que sobre ella se fundó el eurocentramiento del poder mundial capitalista”.

Los seres humanos tenemos la misma constitución genética con diferencias fenotípicas que han justificado históricamente una lista interminable de abusos. Diferencias que implican contar de dónde se viene, de dónde vienen los ancestros, qué roles ocuparon, qué tareas realizaron y, en muchos casos, qué tareas está realizando el descendiente al día de hoy. El problema no es la negritud sino el racismo estructurante que nos rodea, que limita las posibilidades de las personas en su desarrollo efectivo (formas de verse y pensarse) y priva a la sociedad de una convivencia mayor.

Hoy (casi) como ayer

¿Por qué nos cuesta tanto hablar de racismo y reconocerlo? Socialmente, por ejemplo, nos costó mucho menos el abordaje de los temas de la diversidad sexual, tal vez porque es seguir pensando en el mismo sentido, es decir, de manera eurocéntrica. En cambio, para reconocer el racismo y desestructurarlo, tenemos que indagarlos a nosotros mismos. Nos obliga a repensar el proceso de explotación y dominación que implicó la trata esclavista y quiénes se beneficiaron de esos mecanismos a lo largo de 200 años de Estado nacional.

El proceso histórico que llevó a Uruguay a la abolición de la esclavitud después de Haití (así le fue por tal irreverencia) y mucho antes que Brasil fue extenso (al menos desde 1812 hasta 1862) y estuvo lleno de contradicciones, avances y retrocesos. Avatares que en su momento se debían a los diversos intereses económicos en juego. Incluso décadas después, durante el primer batllismo, que implicó un parte aguas en los derechos civiles y políticos de las personas en Uruguay, no se tomó ni una medida para las personas afrodescendientes.

El Estado uruguayo nunca indemnizó a quienes habían sido esclavizadas, sino a sus dueños. Muchas de las personas liberadas fueron obligadas a formar parte de los ejércitos independentistas nacionales para obtener a cambio



su libertad. Luego del proceso de abolición de la esclavitud, las personas negras fueron colocadas en funciones sociales y laborales de subordinación y explotación, en las que se mantienen dos siglos después si analizamos los datos de ocupación desde una perspectiva étnico-racial. Las personas esclavizadas pasaron de ser esclavas en la colonia a ser sirvientes en los inicios del Estado nacional. En el Uruguay democrático del siglo XXI las mujeres afro son empleadas domésticas.

En este Uruguay, ¿el racismo es visto por la sociedad como un problema social o estamos en esa preetapa denominada “problematización”? ¿Hemos puesto en cuestión el concepto de racismo? ¿Y los hechos que lo sostienen? ¿Los daños y pérdidas que nos causan como sociedad? ¿Qué estructuras lo sostienen?

Acciones afirmativas: ¿por qué?

Este concepto persigue establecer mecanismos específicos que se orienten a combatir las pautas de discriminación y la persistencia de diversas inequidades. Inicialmente, se utilizó el concepto de “discriminación positiva”, pero éste fue

resistido, ya que la palabra “discriminación”, que hacía referencia a distinciones arbitrarias e injustas, no podía formar parte del concepto que trataba de erradicarlas.

Las acciones afirmativas no constituyen un fin en sí mismas. Buscan la redistribución del poder económico, político y social. Procuran corregir la exclusión y las desigualdades históricamente acumuladas y deben ser consideradas medidas transversales de las iniciativas de los gobiernos.

Naciones Unidas define a las acciones afirmativas (Bossuyt, 2011) como “[...] un conjunto coherente de medidas de carácter temporal dirigidas específicamente a remediar la situación de los miembros del grupo a que están destinadas [...] para alcanzar la igualdad efectiva”.

Por su parte, Rita Segato (2007) sostiene que cuando la estructura de poder discrimina y oprime, las acciones positivas deben apuntar a “corregir la desigualdad y la exclusión” generadas por ese poder de elite que parece inamovible: “Es necesario [...] identificar, en toda sociedad, dónde se encuentra posicionado el poder, entendido aquí como una combinación de tres fac-

tores en dosis variables: prestigio social, poder económico y poder político”.

Las acciones afirmativas son una de las respuestas de la política social que, de forma más explícita, se orientan a reducir las desigualdades. Las posibilidades de acciones afirmativas son diversas, no se reducen al cupo en empleos, becas o sillas en el Parlamento, aunque ciertamente éstas son las más recurridas. Más bien deben desarrollarse con relación a las particularidades del colectivo y las situaciones en las que se busca incidir. Pueden ser sumamente diversas: tutorías en la educación media, seguimiento de pares en las trayectorias educativas terciarias, generación de ejemplos positivos a tener como referencias de vida, publicidad étnicamente inclusiva, llamados diferenciados, reparaciones (simbólicas o económicas), como las que se realizaron a las personas afro expulsadas de los conventillos de Palermo durante la dictadura militar, entre otras.

Las políticas de acción afirmativa, conjuntamente con la eliminación del daño, deben tender a la desestructuración de las bases del

racismo existente, de lo contrario las acciones se convertirían en herramientas que se perpetuarían en el tiempo, sin tener mayor impacto en la transformación de la realidad del colectivo.

Detractores y medidas concretas

Una crítica que plantean los detractores de este tipo de intervenciones es que las medidas infringen el principio general de igualdad de trato atentando contra la universalidad. Pero la soñada universalidad como único principio rector no ha logrado imponerse. Uruguay ha desarrollado a lo largo del siglo XX pretendidas políticas universales, pero no ha logrado llegar a determinados sectores de la población, que continúan con los mismos niveles de pobreza y exclusión, como la población afrodescendiente.

Entonces se hacen necesarias otras medidas que focalicen en los segmentos de la población a los que no llegan las acciones universales.

Otro argumento en contra de su aplicación es la posibilidad de abusos y trampas por parte de personas que no forman parte del colectivo: no afros que se hagan pasar por tales. En este contexto, las campañas de autoidentificación y visibilización son elementos importantes. Actualmente, el Estado uruguayo resuelve la cuestión con una pregunta de autoidentificación que debe responder la persona en formato de declaración jurada, cuando se presenta a cualquier llamado: “¿Cree tener ascendencia afro o negra / asiática o amarilla / blanca / indígena / otra? ¿Cuál considera la principal?”.

Las posibilidades de errores de cálculo en el acercamiento de la política a los potenciales beneficiarios no son mayores que en cualquier otro tipo de política social. Este temor es producto de la negación que históricamente hemos tenido del tema.

En las sociedades en las que la etnia-raza es un dato más, como en las culturas anglosajonas, las personas están acostumbradas a responder a esta pregunta, y la posibilidad de mentir en la respuesta es casi inexistente porque hace a su identidad. Cabe la posibilidad, también, de que la gente mienta para no pertenecer a un colectivo que históricamente ha sido una causa de vergüenza, no de beneficios.

Los dardos también apuntan al peligro de estigmatización (o reestigmatización) de la población objetivo con la instrumentación de estas políticas. El argumento es que se estaría imponiendo la idea de que estas personas no pueden acceder a determinados puestos o becas por sí solos, y esto es reestigmatizar a la población que se intenta beneficiar. Ciertamente, una acción afirmativa inadecuada puede ir en contra de la población que se pretende visibilizar, pero también es cierto que

muchas personas afrodescendientes han logrado cargos importantes o son profesionales. Así, cuesta pensar o creer que vean sus logros desvalorizados por la implementación de cuotas.

Lo que es incuestionable e indican los números es que son muy pocas las personas que logran salir de la inercia de la generalidad y acceder, por ejemplo, al nivel universitario: de la población afrodescendiente uruguaya sólo 8% inició estudios terciarios.

Son muchas las reticencias a la implementación de estas po-

líticas. Otra, la que dice que se coloca a personas no capacitadas en puestos para los que no están preparadas. Pero las medidas están pensadas de otra forma: en todos los casos existen concursos para comprobar las habilidades necesarias y evitar así que ingresen personas que no tengan las atribuciones requeridas. Lo que se pretende con estas medidas es que cuando haya dos personas con las mismas habilidades, como un acto de reconocimiento y compensación de la desventaja histórica que ha tenido la persona afro, sea escogida para

el puesto. Por qué nos cuesta tanto asumir esto como un argumento válido: porque en términos reales -y no discursivos- implica redistribución del poder.

En ese mismo sentido, otro argumento se esgrime interpelando las políticas afirmativas, y quizá sea el más sólido, el que dice que los beneficios que se ofrecen llegan exclusivamente a la elite del grupo vulnerable, lo que genera nuevas injusticias sociales. La solución es contar con un Estado que cumpla a cabalidad sus obligaciones de difusión, desarrollo y

evaluación de la medida para que ésta llegue al total de la población afro; y también con una sociedad civil que divulgue los adelantos en la materia y monitoree los avances del Estado. Además, debido a que son acciones temporales, las medidas generadas con períodos preestablecidos contribuyen a un mejor monitoreo y evaluación.

La discusión de este tema es sin duda un paso importante en el largo camino de la desestructuración del racismo. Permite poner el asunto en la agenda pública y problematizarlo. Es un inicio en el reconocimiento

de la existencia de poblaciones que han sido invisibilizadas y cosificadas como víctimas del racismo. Además, existe un efecto multiplicador que trasciende a la persona beneficiada e impacta sobre la familia y la comunidad toda.

Como mujer, blanca y profesional, es decir, privilegiada, creo que las acciones afirmativas son una herramienta poderosa para ahondar en la justicia social en relación a la población afro del país. ■

Patricia P Gainza

Las hijas que no tuve

Decirse afro, nombrarse negra

DURANTE mucho tiempo fui una persona blanca viviendo en un cuerpo negro. Patriarcado y blanquitud generan fuertes matrices de opresión. De ese designio de lo universal me quiero desmarcar y posicionarme como feminista afro, porque la condición número uno para usufructuar privilegios es ser blanco.

Para los ojos de la persona blanca soy su otredad. Me legitima al nombrarme y se resiste cuando me quiero autodenominar afrodescendiente: "qué es eso, si siempre fueron negros", "todos somos iguales", "eso es racismo al revés". Si requiero desmarcarme es porque soy consciente de que he estado enmarcada. Una vida marcada por la contradicción.

Entonces, ¿qué de blanca me habita? La colonia habita mi cuerpo y, lo que es peor, ha habitado mi mente. Varios son los autores del movimiento afro o de los pueblos originarios que refieren al proceso de descolonizar las mentes; hoy elijo hacer referencia al cuerpo de las mujeres afrodescendientes. Sí, afrodescendientes. Negra me nombró el conquistador. Soy más que un color, soy una identidad que remite a mi Madre Tierra, a mis valientes y guerreras ancestras; a ellas honro con esta nominación. No es novedad que la palabra no es inocente, que crea sentidos y significados. Negra es una etiqueta que elijo quitarme o colocarme a mi antojo y que manejo conscientemente según mis circunstancias. Es parte del proceso de liberar mi mente y mi cuerpo.

◆◆◆

Especialmente, quiero detenerme en el uso del cuerpo de las mujeres afro desde la trata y tráfico hasta la actualidad. La mujer afro fue producto o herramienta de trabajo y reproductora, y tenía mayor valor que un hombre cuando estaba en edad de parir hijos que no le pertenecerían porque serían esclavizados. Quiero traer a la memoria la figura de la mucama o mukama, en lengua quimbundo (Angola), la esclava-amante de su señor, esclava de tiempo entero, trayendo hijos mestizos, hijos de la violación sistemática en el ám-



bito doméstico, con serena, cómplice y silenciosa violencia.

El mestizaje de nuestra América tiene su origen en el ultraje de los cuerpos de las mujeres de los pueblos originarios y de las mujeres afro esclavizadas, cuerpos cargados de estereotipos hipersexualizados, fantasía de machos blancos: siempre fogosas, siempre dispuestas, como si ésa fuera su naturaleza. Siempre en el límite del símbolo de la libertad sexual y el juicio de lo amoral: buenas para la cama, malas para el matrimonio. Hechiceras y putas. Y así se instaló el progreso estructural barriendo los cuerpos de mis ancestras, mi cuerpo habitado por todas ellas. Parimos, parimos, parimos hijos esclavizados y un aborto era salvar a ese hijo de una vida de esclavitud.

Hoy seguimos pariendo, hijos negros y mestizos, produciendo y reproduciendo peones para los patrones blancos. De eso hablamos cuando decimos colonización: ésa será la relación en tanto no descolonizemos las mentes y los cuerpos de las personas afrodescendientes. Después probablemente sigamos pariendo muchos hijos, ésta es una característica de las comunidades africanas de donde provenimos. Requiere retrotraerme allí para reconstruir mi identidad, ir a la esencialidad sin folclorizarla; esa parte del proceso de ennegrecer para deconstruir lo blancocentrado que habita en mí, reconstruir mis valores comunitarios y no los de la familia nuclear blanca. Probablemente queramos tener muchos hijos e hijas libres, poderosas, afrodescendientes que

puedan mirar a sus pares afro y reconocer su historia de lucha, de no resignación ni sumisión. Que paran más hijos afro sin temor al frío, al hambre, a la carencia o lo que es peor, a la miseria, sin el temor a que negro más negro sea igual a pobreza.

Soy una mujer afro, universitaria, de clase media, di al mundo un solo hijo negro; me pregunto si soy más feliz que mi madre con sus nueve hijos e hijas, si soy más feliz que mi abuela con sus 11 críos. Recuerdo a doña Sara en su 85 aniversario, esa mujer negra ahora pequeña por el paso del tiempo y el peso de los años de trabajo en el campo, su rostro casi sin arrugas, sus suaves manos de abuela, su mirada pícaro y cómplice; me paseo entre los diversos subgrupos de parientes, me abra-

zo a mis tíos y tías, mi infinidad de primos y conecto con ese lugar que es mío, la familia, ese lugar de cuidado, donde me siento protegida, el territorio de libertad de la gente negra. ¿Cuándo resigné esa foto? ¿Cuándo me enblanquecí? ¿Cuándo tomé como valor de desarrollo los indicadores de éxito que establece la blanquitud?

◆◆◆

Este punto de vista, de mi feminismo negro, que me deviste capa tras capa y me hace hablar sobre la cantidad de hijos e hijas que tienen las mujeres negras, ¿debería ser mi punto de preocupación? Creo que no sólo; el desafío de una política multicultural es el de incluir las voces de todos, sin normalizar el cuerpo de nadie.

El problema no es que tengamos muchos hijos, el problema es que son pobres, el problema es si eligen la maternidad y bajo qué circunstancias. Como siempre, lo que importa es el estado consciente y el libre albedrío; la solución no es limitar la cantidad de nacimientos, sino generar mejores condiciones para quienes eligen parir y para los nacidos.

Ahora con una mente cada vez más negra y un cuerpo cada vez más libre, tengo muchos libros, pero no tengo hijas a quienes tejerles historias mientras trenzo sus motas.

Tengo un hijo que no tendrá historias de hermanos porque prioricé que fuera menos pobre que yo, porque creía que ser pobre era una condición inherente a ser afro. Porque elegí caminar discreta, reír suave, vestirme con pocos colores, porque mover naturalmente mis caderas, reír fuerte o usar colores llamativos era cosa de negros y lo negro era malo.

Hoy reivindicó toda mi negritud de mente, cuerpo y alma; quiero mi casa llena de familia, el baile caliente, la risa fácil, la mirada cómplice de hermana, amiga, amante afro cómplice de este punto de vista. Vestida de esta piel, quiero el abrazo transpirado y la comida calórica y caliente de las fiestas de mis familias, quiero una comunidad conscientemente afro. ■

Ana Karina Moreira

¿Cómo contarte?

En un prostíbulo montevideano

QUISE SABER SI estas mujeres que ahora están frente a mí y a mi alrededor alguna vez sintieron el tipo de placer que emborracha y se confunde con la felicidad, ése que es prolongado, intenso y cabalga rabioso por la sangre. Quise saber si estas mujeres, vulnerables a los ojos de las redentoras y fallidas políticas sociales, putas y fieras a los ojos y el tacto de los machos cabríos, alguna vez sintieron algo diferente al dolor abolido por la costumbre. Quise saberlo todo, pero no me atreví a preguntar. Oí, dejé que se tragaran el vómito de sus certezas y las vi como tesoros que se perdieron en las grietas del sol.

Antes de estar frente a mí, las mujeres que cobran por su sexo estaban a una distancia que equivale a una veintena de escalones de mármol, tras esa puerta que ahora miro desde el interior. Gris, blindada, cerrada. Toqué timbre ahí, en uno de los prostíbulos más conocidos de Montevideo. Pero podría haber sido en cualquier otro lugar donde haya mujeres encapsuladas en la rutina de coger para zafar.

El hombre fornido que controla el ingreso al local y se parece más a un acorazado que a un portero me miró fijo pero no soltó palabra. Le lancé una pregunta que no escuchó porque "El señor de la noche", de Don Omar, sonaba potente en los parlantes. Me ordenó esperar. El hombre que decidió la suerte de mis inquietudes de esa noche regresó a preguntarme quién era. Quiso saber un imposible, así que le dije cómo me llamaba. La puerta se cerró detrás de mí. Estaba adentro de un lugar rojo y negro, con resabio a perfume, de vericuetos y escaleras que llevan a cinco habitaciones con camas de dos plazas y un baño. Todo sencillo, prolijo. Aún no empezaba la hora pico, recién eran las diez de la noche.

Quisiera que este sitio fuera ficticio. Los hombres registran el placer como si existiera. Aquí se compra y se acompaña con alcohol y, si el huésped gusta salirse de ambiente, o potenciar alguna región de sí con tiquis pálidos, también puede hacerlo. Aquí parece que todo está permitido.

Los muchachos y los que no son tanto se sientan en los bancos de madera, contra la pared que está acolchonada para amortiguar los ruidos, y quedan duros, ebrios de desamor, sacan sin tino billetes arrugados de los bolsillos, cuentan en cervezas o whiskeys cuánto tiempo les queda, y como pueden, hablan, ríen y callan. Ellos no son los que están en la vitrina; son los borrachos, los desquiciados, los dueños de labios, lenguas, penes y manos que recorrerán y penetrarán, con gula y codicia, cuerpos que creen suyos.

Aquí no existe culpa; no existe cruz. Ésta es la casa del exceso, la profanidad.

Ahí adentro escuché con una cadencia obvia las palabras hermosas, servicio, colita, diversión,



FOTO: SANTIAGO MAZZAROVICH

cartera, pieza, adicional, chica, rubia, chupar, vení, andá. Ahí adentro una mujer le dijo a un tal Juan que la aguantara 20, que ya bajaba, mientras se arreglaba el shortcito y caminaba rumbo a las habitaciones junto a un hombre con un canguro negro que tenía una estampa del escudo de Peñarol; casi al instante ella regresó sola y pidió en la barra del local una cerveza de litro para su cliente, que pagó con 1.000 pesos. Ahí adentro se recaudan, en los días tranquilos, entre 50.000 y 60.000 pesos sólo en alcohol y cigarrillos; número que aumenta los fines de semana y que llega a triplicarse del 1° al 15 de cada mes.

Parados cerca de la barra había dos guachitos chetos y sacados; uno de ellos, el de pelo que parecía estar lamido por una vaca, miraba en la pantalla de un LCD a una mina que conocí en el evento de lanzamiento del canal porno *Divas TV*, en abril, en Punta del Este. En la tele se la veía desnuda, lamiendo un pene que se erguía de un pubis sin pelo. Ella le hacía ojitos a la cámara y se agarraba una teta, a él no se le veía la cara.

Ahora el guachito sacado miraba y sonreía; el otro estaba atento a la pantalla de su celular Nokia de carcasa blanca. Detrás de ellos, un hombre de traje y camisa blanca se aflojaba la corbata. Tenía uno de sus zapatos negros con el cordón desatado. Bebía algo que parecía ser whisky. No miraba la pantalla, estaba concentrado en mí. Las únicas mujeres con jeans y remera sin escote éramos la encargada de la barra y yo. Quizá le llamó la atención tanta ropa, quizá quiso saber si también podía comprarme, y así como yo no me atreví a preguntar

cuánto cuesta soportar el mal alienato, el olor a transpiración y semen, que te penetren rápido y violento sin que quieras, que te baboseen, que encima de tu cuerpo esté el cuerpo de un hombre que te ve como su manto de descargas, así este hombre también calló y miró, porque yo no hablaba. O quizá no le importó.

A quien sí le importó fue a una de las laboradoras del local, que supongo que recordó que por regla las mujeres están trabajando o son clientas -que suben derecho a las habitaciones porque no se les permite estar en la barra- y quiso saber qué estaba haciendo allí. Apenas una pequeña mueca bastó para que una de sus compañeras, que estaba más cerca de mí que de ella, le agarrara el brazo al hombre de traje y le dijera: allá te están esperando.

♦♦♦

Observo a dos hombres que tienen sentadas en su regazo a pibas que les rodean el cuello con uno de los brazos. En ese templo que rinde culto a esa tendencia obsesiva hacia lo desagradable y abyecto, me digo que estos hombres cogen, con jota y con ge, con desconocidas, porque así creen que conquistan el pedazo de mundo en el que les tocó vivir; así como los animales marcan su territorio.

En este lugar ojeroso una de las mujeres preguntó a otra si su cliente tenía algún billete de 500, ésos que tienen la cara del abogado y político uruguayo muerto Alfredo Vásquez Acevedo, porque le había dado el que tiene el rostro de Juana de Ibarbourou, la Juana de América. "No, por suerte, porque todavía

estoy más lait que..." y no supe cómo podría completar su oración.

Los hombres presentes -incluso aquellos que siguen recostados contra la pared con los ojos perdidos, hinchados- están bebiendo con pasos consecuentes sus borracheras. En la tele vi a otra de las mujeres que había conocido en abril y que me había contado que le gustaba la cerveza con espuma aunque no le hizo asco a lo que repartieron en esa ocasión: champagne en copitas de champagne. La vi tocándose el clítoris, y después, ser penetrada por un tipo de pelo lacio y corto mientras ella metía en su boca los testículos de alguien más.

Después de la escena en la tele, vi en el quilombo a una piba sentada en la falda de un hombre. Esta mujer tenía ojos de niña e insistentemente se pasaba la lengua por el labio inferior. Al rato se levantó y fue a una "presentación": así le llaman cuando un hombre pide que las mujeres armen fila para elegir a la que quieren, con jota o con ge. Ésta volvió al ritmo del tun tun de la cumbia, no a sentarse sobre las piernas del hombre, pero se le paró al lado y él, fastidiado, le dijo que después.

Acá el servicio básico de la casa cuesta 500 pesos. Se le cobra a las mujeres 230 pesos por usar una habitación por 30 minutos. Ahí adentro todo lo que pase es quizá de un orden que no se puede fisgonear, pero que otras, en distintas ocasiones, me han contado: todas las formas del sexo (según el pago, claro); ahorcar a un hombre con un cinto o que él le pida a una mujer para "ahorcarla", un jueguito; mirar a una prostituta sentada sobre un

globo para hacerlo explotar; pasar encerrado dos días consumiendo cocaína y Johnnie negro y cambiar de mujer cada cuatro horas aunque al hombre nunca se le pare; semen en todo el cuerpo o ríos de orina; mirar cómo dos mujeres se besan, se tocan, fingen sentir placer infinito. Todo tiene el precio que cada mujer le ponga. Y todo el dinero obtenido de los "adicionales" queda para ellas.

En este prostíbulo también hay otra mujer que tiene la cara de una pebeta de no más de 20 años y anda de tacos negros y pollerita roja, tan cortita que apenas le tapa la cola, lleva puesto un saquito negro y el pelo atado pero con dos mechones que le caen, rígidos, en cada lado del rostro.

Ella se está abrazando a sí misma.

Sé que no es de frío, ahí adentro hace calor.

A ella, más que a todas, no me atrevo a preguntarle nada. Y me quedo, colgada, increpando al aire, que a esta hora ya es tufo.

Después de bajar la veintena de escalones de mármol, ya en la calle, la noche me abraza. Camino aturdida por Yaguarón y pregunto, a los gritos, lo que no pude antes.

¿Dónde estás, niña? ¿Te arde la vida cuando te acostás en el colchón desvencijado y no te sacás los tacos ni las medias de red con detalles floreados? ¿Te duele pensar qué vendrá cuando el timbre avisa que tu rutina está a punto de comenzar? ¿Dónde hundís tu verdad? Contéstame, mujer. ¿Adónde van las mujeres en la noche? ■

Angelina de los Santos

«FICCIONES PROPIAS»

Desnudo ante Abril

LA TRINIDAD
TRAVESTI-MACHO-PUTO

Hoy en mi trabajo de encuestador conocí a una prostituta. A media tarde toqué timbre en un portero eléctrico en el que habían garabateado "Abril". Se asomó por el balcón una señora de unos 40 años con jeans a la cadera, top rojo súper escotado y cabellos negros tirados hacia atrás por una vincha que descubría en la frente dos entradas de señor. Haciendo equilibrio sobre la barandilla, sonrió y me dijo: "Estoy trabajando, pero pasá en una hora y te lleno lo que quieras, bombón".

Podría no haber vuelto, pensé después mientras subía las escaleras con mi carpeta llena de preguntas sobre hamburguesas, pollo frito y muzzarellas. "Pensé que eras un mormón", me dijo al ver mi aspecto, y sonrió cuando no supe qué decir. "Siempre me confunden con algo", solté. Me escaneó de arriba abajo hasta clavarme la mirada penetrante. Sentí una especie de cosquilleo interior. "Hago encuestas de hamburguesas", dije riendo nerviosamente. Entonces reveló que era naturista.

"Sos un ejemplo de alimentación", le dije para quedar bien, "pero no te puedo hacer la encuesta". Abril se pasó una mano por el labio inferior como secándose la lujuria; sus manos

eran venosas, de dedos gruesos y largos. Podría haberme ido pero guardé un silencio pasivo y esperé.

◆◆◆

Abril me contó sus últimas miserias y luego me invitó a ver sus juguetes. Yo entré a ese cuarto muy ingenuamente. Abril me dirigió con suma delicadeza hasta su santuario y me hizo arrodillar ante la cama tamaño súper king. "Podría entregarme", pensé. Una luz rosada proveniente de la mesa de luz sexualizaba cada rincón. Abril me tocó y yo la imité.

"Jamás me excitó una teta, por qué habrían de excitarme ahora", me dije. Abril abrió ante mí un cajón de abajo de la cama. Quedé impactado al ver el orden y variedad de esos penes de juguete. Le pregunté si vibraban y, al girar para mirarla, vi que parada frente a mí desenrollaba su verga de 20 centímetros.

Esperen, no se espanten. Podría haberme ido mucho antes, pero sentí que tenía que conocerla. Mientras me hablaba de su nutrición buscaba una prótesis dental que se le acababa de caer. El año anterior le habían encontrado el hígado "licuado" debido a las hormonas que tomaba para verse mujer. La dosis de un año en 30 días. Un mes antes del diagnóstico empezó a tomar pastillas para los vómitos y anti-gripales para repuntar una gripe

estacionaria. Pero, según dijo, el detonante fue un viagra que se tuvo que tomar para cogerse a una mujer. "Yo jamás tomo viagra", me recalcó. Pero esta mujer había insistido en que Abril se la clavara. "Una chica como yo... mirá que ves cualquier cosa trabajando de esto. Tengo un cliente que cada vez que viene trae una escoba para que se la parta en la espalda. Pero ese viagra me liquidó, al otro día se me reventó el hígado".

Le pregunté por qué no había optado por el camino lento. "Ay, dejá, estaba más buena con las hormonas que me entusiasmé, me estaban saliendo unas tetitas divinas, se me estaban yendo los canutos del pecho, piernas, barba, ¡tenía cadera!", lanzó nostálgica. "Hay organismos y organismos, puede que no te agarre el hígado, ahí estás de fiesta. A mí no. De vez en cuando me daba una puntada que andaba de costado, pero me tomaba un calmante y quedaba gaucha. De abajo que siempre andaba al palo me cogía un caballo igual". Sentí una atracción por esa masculinidad que le afluía. "Eso no le pasa a todas las chicas. La hormona femenina las deja casi impotentes a algunas gurisas. A mí lo contrario, no paraba. Y es una en mil, ¿sabés cómo laburaba?".

Mientras se le regeneraban los tejidos había sobrevenido un período de achate. "No podés tener sexo", me dijo el médico,

'por tres meses'. '¿Qué?', dijo Abril. Aguantó un mes. Con el tiempo fue a una clínica, se puso un par de prótesis y volvió a los trotes por la senda de la afeitada. Su masculinidad volvió a estallar en la cara: la piel lacerada de las mejillas y una nuez prominente y angulosa que le recorría el cuello al hablar. Y de pronto, como desplegando una pantalla, se levantó el top y me enseñó su par de tetas, turgentes, pesadas, lampiñas. Levantándose una indicó la cicatriz en su base. "Silicona no", dijo con espanto. "Ni en pedo. A los diez años se te deshace toda y se te esparce por el cuerpo hasta que te queda la carne como una mortadela. Clínica, prótesis y adiós".

Nuevamente su mirada impúdica me penetró muda como diciendo "voy a darte sin cobrarte hasta que cagues monedas". "Podría violarme", pensé, "y me dejaría. Sería como cumplir una fantasía". Quise preguntarle por sus comienzos en la prostitución pero siguió con el tema de las clínicas como si oyerá llover. Me contó como al pasar que allí agrandaban penes.

"Yo no lo necesito, 20 centímetros está perfecto", subrayó. "Me ganás por goleada", le dije y me reí sorprendido por mi lance.

◆◆◆

Mi feminidad había empezado a aflorar cuando me miraba Abril y se pasaba el pulgar de carpin-

tero por los labios como un Belmondo de la constru. Pero sus tetas eran un impedimento que no lograba superar. Desenrolló su verga frente a mí. Y yo ahí, de camisa cerrada hasta el cuello, tras mis anteojos, con una carpeta incrustada en el sobaco y el recuerdo, en otra mano, de cuando me pinté los labios a los tres años. "Abril, ¿cómo llegaste a esto?", le pregunté otro día. Me contestó con mucho laconismo: "A los 12 años mi forma de ser se hizo evidente y me echaron de mi casa. Pasé dos noches en la calle, tirada en el mismo cordón. Al otro día tuve mi primer cliente. Con ese sueldo fui y me compré ropa de mujer".

"¿Qué querés hacer?", preguntó devoradora. Mi aspecto de jovencito pervertido se había ido desvaneciendo hasta dar paso a esta actitud pasiva de un putito que aguarda a que le cumplan su deseo. Así entré a su cuarto y esperaba a que él actuara. "No puedo darle un beso a una puta", me dije arrodillado ante la cama. Finalmente, dije que no podía o que no quería o que no me gustaba. Dije que no, porque no. Y punto.

"Qué te gusta?", me contestó entre irónica y resignada. "Filmarme", le dije. "Filmarme... bueno, la próxima te venís y hacemos una porno", sentenció y se fue a lavar las manos. ■

Carlos Pérez

YO NO SOY

Gay

Me llaman "breeder"¹, "hétero" y me aplican el "heteronormativo" para mirarme por encima del hombro con condescendencia que suponen invisible. Hablan de "chongos" y "armarios". Si me descuido poniendo cara de no entender, sonará el portazo de "homofóbico" y bajará la tranca de "intolerante". Tengo sus mismos problemas con la vida y sus prójimos, no hago nomenclaturas de espermas y paso también de censar hambres. Pero eso no es suficiente. Me queda claro. Me hacen saber -a veces con cortesana sutileza, a veces con brutalidad explícita- que haga lo que haga, diga lo que diga, soy un eventual enemigo. Un refractario, un hostil en ciernes: no soy gay.

No soy gay ni lo seré, no me apeetece serlo ni cuestioné jamás

nada al respecto. No hay cangrejo debajo de la piedra ni gansadas de psicología invertida. Soy macho y hasta normal, si quiere. Si; horrorífese.

Me sé en estricto y perfectamente normalizado en la convención casi herética de lo masculino. Soy heterosexual, para la Policía paso por "blanco", casado, padre de familia, futbolero y comedor de asado. Dirá que por eso mismo me es fácil hablar así. No lo crea. Dirá también que soy poco menos que un nazi regresivo. No. Dirá que por no "ser gay", por no ser "minoría", no sé nada. Dirá que estar en la punta de la pirámide antroposocial de la normatividad instituida, ciega, obtura sin remedio cualquier cosa que diga al respecto. Por favor,

no se canse pensando pavadas, y tranquilo: nada de escándalos.

Desactive su instinto. No quiero provocar el apuntalamiento bienpensante por puro miedo de caerles mal a los buenos o irse al infierno de los malos. Nada de alarmas; mi sexo y el suyo es sólo puro azar, mucho de biología y algún laudo -sólo peripecia- que no me fue, ni deberían ser, para usted nada problemáticos de asumir. Mi normalidad -o ya que estamos, mi "heteronormatividad"- no importa más que para cambiar las sábanas y sospecho -además exijo- que tampoco le importe. Ya que estamos, la suya, por mera transitiva, tampoco me importa. No haga un mundo de eso. Esto al fin y al cabo se trató siempre de amor. Así que ame lo que pueda y pro-

ceda ante quien corresponda sin discurso, sin tanto intermediario dialéctico lejano a su entropierna, sin tanta politiquita y tanto ruido. Renuncie a que manipulen su semen como levadura de algún heroísmo sectario, asuma el riesgo de asignarle a lo "anormal" la misma inocuidad última de lo "normal". Piérdase de la parodia trágica y falsa de ser "distinto" porque sí y a como dé lugar. No paga tanto y cuando descubre que a todos nos duelen las muelas, la decepción es terrible. Repose un poco y no aburra.

Descanse de "Ficciones identitarias y post-identitarias", de "heteronormatividad" o "alternatividad", de sociedad patriarcal bionormativa; de cristianismo occidental castrador o

del "determinismo biológico autoritario como herramienta disciplinadora para el control social". Pare y piense. Tartamudear todo ese fárrago exclusivamente desde sus demandas eréctiles o el uso de sus cavidades no resuelve el derecho y el revés de los tiempos. Tampoco el suyo propio y menos el mío porque, bueno, no soy gay. ■

1. Breeder: ingl. Reproductor, criador.

Término del slang peyorativo de uso en ámbitos públicos y privados de la comunidad LGBT con el que se denomina a heterosexuales con hijos. Está particularmente dirigido a quienes optan por un estilo de vida cuya centralidad se encuentra en la crianza.

Michel Caprioli

Disidente y de manada móvil

Con Leonor Silvestri

-En una reciente entrevista afirmás que de seguir así el feminismo terminará siendo antiabortista. ¿En qué se hace eso visible?

-Si nos descuidamos, los feminismos pueden resultar un aparato de captura o una moral que prescribe desde cómo coger hasta cómo vestirse; algo que hace buena parte de esos feminismos que se detienen exclusivamente en el patriarcado. Me resulta más interesante pensar el feminismo como una práctica o ética de libertad. Creo que el enemigo es la moral, que nada tiene que ver con la ética. Los feminismos no están exentos de reterritorializar un facho policial que le dice a las demás hasta dónde van los límites de la decencia feminista, como un juez o un comisario.

Lo que intento decir es que me resulta importante que un cierto feminismo corre el riesgo de no construir disidencias, márgenes, radicalidades y técnicas de fuga de los órdenes mayores, como por ejemplo la maternidad, el amor romántico, la heterosexualidad, el abolicionismo, el Estado, el pacifismo, el triunfalismo económico y de carrera académica, etcétera.

-¿Qué creés que te captura y retiene en este orden de cosas?

-Me gusta más pensar qué me libera y me deshace. Sin dudas el fracaso me libera; he obtenido más de lo que perdí que de lo que triunfé. El éxito radica en el arte de perder, porque es allí, como el pensamiento cínico griego nos mostraba, donde se encuentra la posibilidad de construir la libertad. Y he perdido mucho, en este momento hasta la sanidad y la normalidad. Y me he vuelto más sabiamente mala.

Si a una tirana normativa vestida de violeta le asusta que nos guste que nos metan o meter puños en los orificios de nuestros cuerpos o cobrar por tener sexo habría que construir armas subjetivas para reapropiarse de aquello que se nos ha negado: la posibilidad de responder. Si el feminismo enseña a acatar, si se cree que la solidaridad significa no responder, quizá no estemos delante del feminismo, sino de una reunión de señoras de Cáritas tratando de hacer el bien y ayudar a las más necesitadas. Personalmente, no quiero ayudar a nadie; el feminismo es una ética contra este mundo moderno que me ayuda a mí.

-En *Ética amatoria del deseo libertario* hablás de encontrarse en el desierto y armar la manada. ¿Qué significa esa idea?

-Creo que está en *Foucault para encapuchadas*, de Manada de Lobxs, bajo el sello Milena Caserola. Ya no sé bien qué significa la manada y me he vuelto más molecular, pero coincido con cosas que allí se dicen: "Frente a la comunidad terrible que se propagó como plaga por el planeta [...] hecha de vigilancia y control recíproco para quienes desertan (o desiertan), oponer una máquina ascética hecha de simpatía, ligereza y affidamento, que roce íntimamente lo que nos rodea y se aleje raudamente de las formas por todas conocidas de las tristezas".

Es una práctica disidente pero no anclada en la sumisión: allí se habla del desierto, pero no como los humanos se-



dentarios creen que es, un abandono en el vacío, sino como un lugar habitado por multiplicidades intensivas, paraje de manadas, que no nos animamos ni siquiera a ver. En el mundo del nomadismo todo encuentro es político. Irse al desierto es arrojarse, dejarse caer, precipitarse a los devenires alegres. Devenir lobas y órdenes menores. Desertar equivale a la ausencia de jefes, la línea de fuga de la línea de fuga, la anormalidad.

-¿Es posible que las mujeres dejemos de ser las prostitutas impagas del heterocapitalismo?

-Ese "es posible" tiene que ver con la prolongación de estados de excepción. En cuanto al cómo, en el capítulo "Putas enemigas de las sonrisas", de *Foucault para encapuchadas*, se dice algo al respecto: "Nosotras, horda deseante, pese a ser feminizadas, controladas, asignadas, subjetivadas, nosotras, las otras putas, las no-liberadas ponemos precio, es decir, cobramos, sabemos del valor de nuestra carne en el mercado, y gratis no ofrecemos nada sino a los afines sexo-políticos [...] Emanciparse de la emancipación que no será por la vía de la prodigalidad sexual con nadie que no devenga afin-mutante-manada lobx-cuerpo-deseante-minoría." Me gusta pulir mi propia piedra de existencia porque cuando se está en el fondo del pozo al menos contemplo lo que hice con lo que hicieron de mí, y me siento contenta.

-¿Para qué ese devenir inquietante?

-Devenir otra, ya se ha dicho *ad nauseam*. Esta vez, otra vez de nuevo, hacerlo. Devenir por fuera de las categorías mujer hacia las potencias de la

manada y la enunciación colectiva que no reterritorialice el heterocapitalismo ni sofistique -gracias a nuestra complicidad- los aparatos de captura de nuestro género (y de tantos otros), para huir, juntas, por el río de la potencia infinita. ¿Cómo hacer? Por ahora, desistir, dejarse caer, decir "no", "opt-out", "I prefer not to." Y desconfiar ahora y siempre de cualquier deseo expresado por un yo individual en pos de un supuesto placer personal.

-Titulaste tu nuevo libro *La guerra en curso*, ¿creés que hay una guerra? ¿Contra quién? ¿Qué significa luchar en esta guerra?

-Mi próximo libro se llama *Games of Crohn*, es sobre diversidad funcional, es el diario de internación y externación a partir del diagnóstico de Crohn, afección autoinmune con la que convivo y a la que considero mi garantía de mutación genética no sapiens sapiens. También trabajo en un libro sobre Spinoza para feministas.

-¿Cómo es tu vida con Crohn?

-Estamos generando una idiorritmia, es decir, un convivir sin pisarnos las singularidades. No siento mi condición de Crohn como una enfermedad o un enemigo, sino como la mayor oportunidad de mi vida. Vivir con Crohn no es nada fácil, no es una amiga simple. No me alcanza mucho el lenguaje para explicar cómo me siento. No he elegido mucho nada en la vida. No creo que una elija una afección autoinmune discapacitante. No creo en este mito liberal contractualista de la elección, como no creo en una libertad natural. Creo en las construcciones y Crohn me

MINIBIO

Ha vivido varias vidas en una, y sabe por Heráclito que el cambio es lo único que no se modifica. Poeta, traductora y especialista en literatura antigua por la Universidad de Buenos Aires, ha estado en contacto con el activismo, la performance y el arte, pero hoy se siente un francotirador.

Se dice fugada de la "violencia de género mujer" hacia cualquier sitio donde a la heterosexualidad como régimen político no le sea tan fácil capturarla.

Ha publicado más de una decenas de libros, forma parte de varias antologías poéticas, dirigió los 12 tomos de ensayos sobre literatura antigua (*Para leer clásicos*) para Santiago Arcos Editores/Traductores.

Trabajó como colaboradora permanente en *Página 12* en el suplemento *SOY* casi desde su comienzo y en el suplemento feminista *Las/12*, del mismo diario, hasta que se peleó por problemas gremiales con "las dos dueñas de estancia que administran ese fundo". Entrevistó a las filósofas de género Judith Butler y Beatriz Preciado.

Forma parte de la plataforma Ludditas Sexxuales, que publicó *Ética amatoria del deseo libertario* y *las afectaciones libres y alegres*, y del grupo de afinidad Manada de Lobxs, que publicó *Foucault para encapuchadas*, bajo el sello independiente Milena Caserola.

Actualmente, participa en los capítulos *Quiero flashiar ser progre*, que se encuentran en Youtube, e hizo el video documental *Games of Crohn* con Mai Staunger.

Se gana la vida dando talleres. Para saber más de ella, sus actividades y pensamiento puede consultarse su blog: www.leocatlove.blogspot.com. ■

"Un cierto feminismo corre el riesgo de no construir disidencias, márgenes, radicalidades y técnicas de fuga de los órdenes mayores, como por ejemplo la maternidad, el amor romántico, la heterosexualidad".

ayuda a construir un mejor presente. Me ha permitido caer y desafiarme mucho más. Pase lo que pase, termine con una bolsa de ostomía en mi costado derecho o con un cáncer de colon, o con un hígado hecho trizas por los anticuerpos monoclonados antifactor de necrosis tumoral, o me convierta en el conejo de indias del régimen farmacopornográfico de nuevas drogas experimentales, Crohn me ha permitido salirme de mi zona de confort y alcanzar unas alturas, unos devenires, que de otro modo veo improbable que mi cuerpo hubiera podido alcanzar. Me demostró mutante. Hace poco tuve la fortuna de hablar del tema con una activista afrodescendiente del Nordeste de Brasil y a la conclusión que llegamos es que se asemeja bastante a pertenecer a un grupo étnico no blanco: si bien es cierto que las vidas de las personas con un diagnóstico de discapacidad o de enfermedad serían tal vez más sencillas sin esa afección, también es cierto que nuestra condición es el efecto de un régimen de opresión que nos necesita para dividir el mundo en sanos y enfermos, normales y anormales.

-Tu trabajo está mostrándose actualmente en el Centro Cultural de España de Montevideo, ¿consideraste la posibilidad de venir a presentarlo?

-¡Me enteré de casualidad! Creo que hicieron perder al público una oportunidad de debate y que dejaron en evidencia, para quienes pueden verlo, que los museos y centros culturales no están hechos para producir debates, sino para ser chic, y es chic y avant garde pasar los videos de un taller sin producir diálogo y debate, por cero peso. Es quedar radical con nada. ■

Hablar de cierta intimidad

Cuerpos en literatura

LEÍ TARDÍAMENTE *Mi oído en su corazón*, de Hanif Kureishi, un libro de 2004. Trata de la relación compleja y atormentada de Kureishi con su padre, con su origen pakistaní y con los entresijos de la cultura patriarcal en la vida de un muchacho inglés que habita el mundo pop. El cuerpo de su padre está presente de manera sorprendente en este relato que reconstruye una memoria múltiple, una memoria de varones que ausculta la sensualidad de ser hombres de una manera tan sincera que se vuelve inédita.

El libro que sí leí al salir este año fue *Aparecida*, de la argentina Marta Dillon. Es otra reconstrucción de una memoria, de mujeres, en este caso, frenéticamente expulsada de la cabeza de Dillon a partir del conocimiento de que el cadáver de su madre existe y ha aparecido después de décadas de silencio militar. También en esta exaltada reconstrucción del pasado hay sensualidad y sinceridad en modos arrasadores, otra forma inédita de abordaje a estos temas. La madre de Marta Dillon, como todos los muertos jóvenes, no ha cambiado, y su hija reorganiza el cuerpo-cadáver desde todos los ángulos posibles, el corte de pelo, la ropa interior negra, la risa, las fotos. Ambos libros trabajan una intimidad profundamente expuesta. Es el tipo de literatura de asociaciones prohibidas y significativas por el que vale la pena escribir y leer.

Trato de pensar por comparación en el territorio uruguayo de una literatura en la que la existencia material del cuerpo no sea sustituible, no tenga sucedáneos y establezca un campo poético propio, un riesgo que no sea meramente denotativo.

Nuestro siglo literario es corto, más sintético literariamente que el propiamente dicho "siglo corto" de Hobsbawm, y al pensar en la presencia del cuerpo y su erótica como territorio de simbolización, la mayor novedad sigue siendo el quinteto, separado en el tiempo, que forman Delmira/Felisberto/Idea/Armonía/Marosa. Que pueden evocarse por sus nombres de pila por una costumbre consensuada de nuestros usos culturales, se establece una intimidad especial con los escritores singulares. Ellos lo son; cada lector sabe de qué hablamos cuando los nombramos, de cuánto hablamos a partir de su decir extenso, abarcador de mundos. Hablando de intimidades. En ellos, el cuerpo libidinal es tormento y éxtasis, autopercepción enajenada, fatalidad de amor, uso perverso, delegación panteísta. Por su parte, Onetti, el grande, a secas Onetti, construyó el más bello poema narrativo en *El pozo*, en torno a la nuca de una muchacha y al "triángulo negro donde aún brilla la tormenta", y con su sistema poético indirecto persiguió el cuerpo femenino a través de los senos de Elena Sala de Lagos, por ejemplo y notoriamente. Nombro a estos grandes escritores porque cuando no hay eso que cada uno considera grandeza literaria el mundo del



DELMIRA AGUSTINI

deseo se convierte en anécdota y el erotismo deja de ser una lucha por y con el otro, la guerra privada de la que habla Marianella Morena en su obra teatral *No daré hijos, daré versos*. Seguirá siendo un misterio que la señorita Delmira haya sido leída en su época, celebrada y apoyada. El voltaje de su lenguaje poético y sus temas eran un verdadero escándalo para la aldea, en la que De las Carreras y Julio Herrera ya habían hecho sus incursiones libertarias, como varones mundanamente insurrectos. Pero una señorita sexualizando de tal modo su mundo, su cabeza y su campo poético: hay algo fundamental que a mí se me escapa de aquel operativo de lectura y aceptación social, por parte de sus contemporáneos, de esa muchacha poeta, loca de amor fantaseado.

Idea Vilariño ha dado testimonio de cómo en el *Marcha* anterior a los años 70 Carlos Quijano la excomulgó, de hecho, harto de la intimidad de una poesía que nombraba "un pañuelo que alguien guarda olvidado con sangre, semen, lágrimas". A fines de los 80, en un aislado taller de literatura que di, me llevó varios días que los asistentes (entre los cuales había un psicoanalista argentino) aceptaran que Idea estaba evocando, en uno de sus poemas, las sensaciones de un orgasmo, o de seis orgasmos. En esos años, hacía ya casi 20 que Cristina Peri Rossi había publicado en Montevideo y con éxito de crítica y de lectura *Evohe*, poemas eróticos de una escritora lesbiana que por primera vez los lanzaba al llano de la publicación y a la soledad de la lectura. En *Marcha* Mario Benedetti y Washington Benavides le dieron la bienvenida como poeta a aquella narradora y al universo personal de una creadora joven y prometedora.

Cuando bastantes años después se lean las novelas de Roberto Echavarrén, los poemas de Alfredo Fressia, el relato/manifiesto de Álvaro Pérez García, las novelas de Lalo Barrubia y de Daniel Mella, el territorio de escritura y de recepción del riesgo de lo íntimo se habrá fertilizado por cambios culturales globales.

También como Delmira, Marosa nació a la lectura amada por unanimidad por quienes se acercaban a sus papeles salvajes. Más allá de las etapas de repetición literaria viciosa de sus rituales poéticos, el conjunto de su extrañeza no tenía fisuras. La sorpresa de su mundo era también la sorpresa de un lenguaje. Y durante casi 50 años eso fue creciendo hacia zonas más peligrosas. La imagen autoconstruida de mujer como ícono visual de los 50, el artificio, sustituía en ella a la experiencia; también la literatura como mundo construido. No puedo probarlo, sólo lo infero. Infero los referentes de la cultura popular, lo exógeno al huerto y al paraíso sin nuestro que de manera lateral se mete en su autoabastecido mundo poético, los nombres de cine como Lavinia, Desirée, Delia Garcés, su sexo imaginado, su erotismo autocreado, donde el hombre nunca es hombre mismo sino un travestido de la vegetación o de los otros animales, y ella, la que escribe y es escrita, vive así todo, vive literariamente toda su experiencia de mujer. Nunca la literatura protegió tanto a quien la iba haciendo y viviendo; nunca lo vicario fue tan material, tan autoconstituyente. Y tan regenerador, porque el salto al relato de Marosa a partir de *Misales* y hasta el final de su vida con *La flor de lis* es también el salto al sexo como acción expuesta literariamente y no ya temida o deseada. La plena

realización en la materialidad de la escritura. Los acoplamientos, violaciones, desvirgamientos de todas las Señoras tocan lo lúdico y lo irónico, lo burlesco y lo intangible, desafían el ridículo y también la angustia vital. Y yo creo que todo esto está también asociado a la imagen física de la persona Marosa que todos hemos visto, su tapado de mouton, el pelo rojo, los lentes puntiagudos, las caravanas de plástico, el corpiño de copa, el maquillaje fuera de época, el look de los 50 según estereotipos desprestigiados, de segunda mano. Una sostenida novedad vital, un artificio, una piedra en el charco.

Después de varios años de un cierto olvido, se ha vuelto a leer a Cortázar, un escritor que facilita la lectura a quien se inicia en ella. Cortázar tuvo su gran momento de influencia y casi hegemonía en el Río de la Plata con su erotización elegante y bastante ingenua del amor porteño/parisino. En esos años, en los lectores cultivados de estas ciudades, no era imaginable la irrupción de la literatura de un Washington Cucurto y su *Cosa de negros*, en el que la fiesta de la cumbia y el sexo, el sudor de la bailanta y los personajes del margen social armaban un friso de lubricidad y de comunicación violenta. No imagino un Cucurto uruguayo, esa libertad gozosa y la innovación y precisión para contar aquello que casi nunca entra en el sistema literario desde la base popular misma. Para poner otro ejemplo por la vía de lo omitido, o de lo que en un corpus literario está o no está, se hace presente o no, vive fantasmáticamente o no, pienso en la sordidez descarnada de un Pablo Ramos, con su *Ley de la ferocidad*, otro ajuste de cuentas con un padre muerto llevado a cabo mientras el sexo se entretiene con

el velorio, y más aun, con el operativo del duelo. Ejemplos éstos de escritores radicales y seguros en su experiencia del goce o de lo abyecto. Como un salto del tango y del jazz al rock.

También cuando Carlos Liscano publica *El furgón de los locos*, escrito varias décadas después de su experiencia de tortura y cárcel, se introduce un elemento novedoso en la literatura uruguayo escrita por los hombres. Un varón se hace cargo de su cuerpo en la peor de las situaciones e instala la dialéctica de lo insondable en la relación del torturado con "su" torturador. Un lazo casi privado, por la dependencia, el condicionamiento de la existencia y la pasión compartida y opuesta de querer vivir y querer someter. No hay equívocidad sexual manifiesta; el cuerpo espera, reconoce y calcula para aprender a resistir el embate minucioso del otro. El operativo literario de este libro se aparta de la tradición posdictadura del documento o testimonio. Personaliza la experiencia no como relato político, sino como inesperado reverso de "el sinvergüenza", el cuerpo auscultado del perverso polimorfo felisbertiano puesto en situación trágica. Pero cierro estas anotaciones con una canción, "Te abracé en la noche", y con un cantante que ha colocado el oído en el corazón propio y a través de él en el ajeno.

Al margen de las modas, el cancionero de Fernando Cabrera crece y se sostiene como el mayor conjunto uruguayo de canciones de riesgo emocional. Algunos suben a los ómnibus y las cantan para complicarnos el alma y volver a dejarlo al desnudo, a él y a nosotros. El musicalizado triunfo de la garra del corazón. ■

TRANSTIERROS DE UNA URUMEX

I. Cada vez que el acento me delata, la ilusión de que por fin pertenezco a algún sitio se esfuma.

Parece que a esta aldea se entra por la vía del parto o por la tierra en el zapato que las historias de la infancia van acumulando.

Filosa navaja que me corta: ¿De dónde sos?

¡Soy de acá! Aunque es cierto que mis recuerdos de la infancia están muy lejos.

Hasta hace algunos años no sabía qué era eso de la lluvia finita en invierno, las baldosas flojas, las túnicas blancas, el temporal de Santa Rosa. Nunca antes había escuchado el éxtasis de los gatos en los tejados.

Mis recuerdos son de una rata de ciudad cuyo océano más ancho por cruzar era el Eje Central. En aquella magnífica y monstruosa ciudad donde crecí, antes de que existieran efectivamente los secuestros, mis padres tenían la fatal premonición de la existencia de una banda de robachicos que quería mis riñones.

Mis praderas eran el living de la casa, los árboles eran los muebles, y quizá tomaba tan en serio esos paisajes que cuando aprendí a escribir, narraba mis historias sobre esos troncos modificados al estilo victoriano.

Bailaba descalza todo el día en un césped tan marrón y seco.

II. En esta parada de fina chapa aguardo el ómnibus. La tierra retumba pero sé que no hay ninguna ciudad subterránea. Los rumores apuntan a que son las condiciones topográficas las que harían imposible el tan comentado subte montevideano, otros dicen que un zar travestido de cooperativista nunca permitiría la concreción de esa aspiración ciudadina.

Mi otra ciudad cuenta con una red subterránea de 195 estaciones, 12 líneas movilizandando cuatro millones de pasajeros diariamente: los hijos de Tenochtitlán, herederos de la derrota, luchando contra los designios de una ciudad sin calzadas.

Miro ahora al joven que está al lado mío en la parada. Quedan rastros de lágrimas secas en sus mejillas. Su derrota se contagia, apaga la luz del día.

Esa imagen me traslada a la Narvarte de 2002, las coladeras eructan la pestilencia de la ciudad. La estación Etiopía respiraba las ausencias de los tumultos y empujones de las horas pico. Miré el andén de un lado a otro, sentí un tufo, era el vacío y la humedad de un túnel sin fin.

Sólo un varón de unos 18 años, apoyado en la pared. Se aproximó y corriendo hacia mí rebasó la línea amarilla, abrazó las vías, y como si volviera al vientre materno, resguardó sus piernas en el pecho.

El precipicio desapareció. No podía apartar la mirada del marco de hule de las puertas del vagón, inmóvil vestigio de los huesos triturados que yacían más abajo.

No me di cuenta de que tenía más miedo que nadie. Era fracaso, era renuncia, eran todos esos jóvenes anónimos que se arrancan la vida.

¿Qué sería de nuestras tristezas montevideanas si tuviéramos esas vías?, le pregunté al muchacho de al lado en la parada, pero no me respondió.



Ilustración: Federico Murro

III. No pude pronunciar ni una sola palabra el día de tu muerte. Ni una lágrima, ni un murmullo, necesitaba toda la fuerza para no desplomarme.

Los cientos de cempaxúchitl impregnaban la escena con su aroma dulzón. Me sentía ajena a ese colorido paisaje, tan fúnebre y amarillo.

No podía levantar la voz ante aquel rito infame donde tu ataúd era el centro de mesa. Abundaban los bocadillos y el atole. Fueron cientos de personas a llorar. Las sillas de plástico se agolpaban en la avenida. Después de ese velorio, cargaron tu ataúd entre seis varones. Éramos una gran peregrinación en esa tierra siniestra donde la muerte es el pan de todos los días.

Una vez más ese pueblo ataviado por la pobreza nos arrancaba a un soldado.

Fuiste asesinado en la madrugada. Han pasado casi diez años; el comando que te aniquiló te disparó por la espalda y después estampó su firma en tu frente. Un disparo directo en la sien para dar un mensaje claro a tu padre.

La única imagen que tengo de aquel momento se la debo a la crónica roja. Ahí estaba el general retirado llorando su derrota, sosteniendo tu cuerpo húmedo, ensangrentado; la herida mortal de la que no iba a sanar. Atrás mis primas lloraban el fin del mundo.

Un AK 47 entraba a la historia de mi familia sin pedir permiso. La hermana de mi madre se desmoronaba entre la tristeza de la pérdida y la cólera inevitable que la hacía culpar a su marido. Vendieron su alma al diablo y lo descubrieron cuando las llamas los devoraban por dentro.

Vengo a besarte después de tanto tiempo; desde un río sano las heridas de ese cuerpo que supo ser radiante y solidario, de todo lo que no pudieron arrancarte tus asesinos.

IV. Hoy otro escribió por mí. Mi casilla de correo se abre como un pozo profundo que recita:

Volvete del balde de mierda de donde viniste, es lo mejor que podés hacer... no sigas sufriendo... no creo que de seguir así seas muy bien recibida... como a mí me pasó en México... quizás podrías probar ir a USA si no te disparan en el intento...

V. Le devuelvo la respuesta, y pongo en el asunto "Algunos apuntes para un retornado xenófobo": Víctor, qué estúpidos y crueles podemos llegar a ser cuando tocamos fondo. Cuando nos olvidamos de lo que sobrevivimos, de esos paisajes recorridos, de esas llagas en los pies que nos debieron hacer sentir más vivos que muertos. Sufriste mucho y ahora sólo repites los cánticos de tus verdugos.

No has logrado salir del laberinto que el sueño americano te regaló. El sueño se convirtió en pesadilla y hoy sos ese autómatas que construye, destruye y vuelve a construir su propia celda.

La marea del Mediterráneo que devora los estómagos hambrientos de africanos, las bestias que se alimentan de humanos porfiados, los desiertos americanos que calcinan todo en ese paso fallido hacia la libertad, no son nada comparado a nuestros muros, a ese odio.

Quisiera imaginar que los rostros muertos de miedo, hambre, herederos del despojo, esos rostros que tiemblan ante el destino que ofrecen los campos de exterminio creados en fronteras líquidas y secas, se iluminan de repente y empiezan a florecer. Que todos los paisajes son benignos y el clima se amolda a los sueños acibillados de esos millones de incomprendidos por la estúpida aspiración de vivir mejor.

No quisiera hablar más de esa bala perdida que me pudiera matar si decidiera salir de este mundo tan chiquito. Elegí vivir aquí, donde hasta hace poco todavía era posible abrir la puerta a los que huían de la guerra, del hambre, de la tortura.

Miro por la ventana y las hojas aplauden como si todos fuéramos sordos. ■

Valeria España

Apoyan:



2015-2025
DECENIO DE LAS PERSONAS
AFRODESCENDIENTES
RECONOCIMIENTO - JUSTICIA - DESARROLLO



Redactor responsable: Lucas Silva / Edición y coordinación: Apegé / Diseño y armado: Martín Tarallo / Edición gráfica: Iván Franco / Ilustraciones: Federico Murro / Textos: Michel Caprioli, Angelina de los Santos, Valeria España, Patricia P Gainza, Alicia Migdal, Ana Karina Moreira, Carlos Pérez, Paola Pilatti / Corrección: Magdalena Sagarra / Consejo asesor: Valeria España, Patricia P Gainza, Ana Karina Moreira